

Entonces Juárez, en concisas palabras, dijo cómo había logrado escapar de Oaxaca, en donde se le perseguía de muerte, viniendo á buscar un refugio en las montañas del Sur, donde creía que debería oírse el primer grito de libertad en aquellas circunstancias, principalmente cuando se supiera que del mismo Oaxaca, lo mismo que de México y de Michoacán, tenían que salir, si no habían salido ya, algunas tropas para impedir todo movimiento del Sur, apoderándose de cuantos pudieran iniciarlo.

Aquellos tres hombres prolongaron su interesante conferencia por más de dos horas; el caso es que al separarse Comonfort para regresar á Acapulco, dijo ya con el mayor entusiasmo:

—Quedamos entendidos: Villarreal se pronunciará en Ayutla, yo lo secundaré en Acapulco y que el Dios de las victorias nos proteja.

—Amen, le contestó Alvarez sonriéndose.

Cuando Comonfort estuvo montado á caballo en el patio de la hacienda, estrechó la mano al viejo patriota que le había acompañado, y le dijo muy quedo:

—Conserve usted á su lado á ese indito de Oaxaca; me parece muy inteligente y muy buen liberal.

Alvarez le contestó con un ademán que quería decir: ¡qué me cuenta usted!



CAPITULO VI.

Ayutla.

Cuando corría el mes de Febrero de 1854, la incógnita estaba descubierta por todas partes. Don Santiago Blanco, general conservador de los más recalcitrantes, había entrado al ministerio de la guerra en lugar de Alcora y eso tenía muy alta significación: la de que se debería llevar á sangre y fuego cualquiera campaña que tuviera que sostenerse contra los liberales, y la de que éstos serían eliminados, por más tibios que fueran, de las regiones del poder el cual tendría que ser exclusivista hasta su último extremo. Santa-Anna y sus ministros estaban bien enterados de que los hombres del Sur, de que siempre habían tenido recelos, estaban coaligados, habiendo llegado á entenderse, no obstante que el coronel Villarreal, jefe militar de la Costa Chica, había sido un instrumento allí de opresión del mismo gobierno; de que Moreno se había manifes-

tado antes tan leal y caballeroso como conservador y adicto al centralismo; de que Comonfort se había retirado de la carrera de las armas resuelto á no volver á empuñarlas por causa alguna, y de que Alvarez, en fin, tenía ya setenta años y no tenía puntos de contacto en opiniones políticas con ninguno de los anteriores. Sin embargo de todo esto, eran hechos puestos ya fuera de duda que Villarreal, por no presentarse en México, se había declarado enfermo de gravedad y renunciado su comandancia; que Alvarez, con pretexto también de achaques había dejado el gobierno al general Moreno, y que Comonfort, resentido por las acusaciones infundadas de que había sido objeto, y en vista de que no había motivos para que se le formara causa, por mala versación de caudales como lo había solicitado con apremio y de que se le trataba de un modo hostil por el gobierno, había hecho ya causa común con el patriarca de los surianos. El gobierno estaba informado con amplitud de detalles, no sólo de que estos cuatro personajes estaban decididos á no obedecer sus órdenes, sino de que hacían preparativos para la resistencia, sin grandes elementos, sin nada casi respecto de armas, de municiones, de soldados y de recursos; pero que con todo celebraban juntas, mandaban correos á distintas partes de la República y se organizaban ya para el combate, una vez que llamaban á las autoridades y hombres útiles con quienes contaban en las poblaciones, que recibían órdenes reservadas y se movían de unos puntos á otros produciendo un desasosiego y una alarma que no podían pasar inadvertidos para los que en los puntos limítrofes estaban encargados del espionaje. Así es que Santa-Anna sabía muy bien que algunos pequeños destacamentos que había en los caminos dependientes del gobierno del Sur, habían sido reforza-

dos, que en la Costa Chica las tropas que habían pertenecido á Villarreal, y sobre las cuales éste continuaba teniendo dominio, se reorganizaban y practicaban diarios ejercicios militares; que en la Providencia y otras fincas se alistaban caballos y se limpiaban los viejos fusiles de chispa, y que la guarnición de Acapulco, también aunque reducida, era objeto de la seducción de los descontentos.

Por otra parte, Comonfort estaba informado de que la Dictadura lo había puesto en el catálogo de los predestinados á la horca; á Villarreal se le había ordenado que aunque estuviera enfermo, se metiera en una camilla y se hiciera trasladar á México si no quería recibir un ejemplar castigo; á Moreno también se le había prevenido que entregara el mando y se presentara á dar cuenta de su conducta, y don Juan Alvarez tenía la certidumbre de que el general don Angel Pérez Palacios había recibido órdenes para ponerse á la cabeza de los batallones 2° Activo de Puebla y 11° de Línea, y de dirigirse á la Providencia para apoderarse de su persona. Los cuatro juntos sabían muy bien de la misma manera que ya se habían puesto en marcha varias secciones de tropas por diversos caminos, ahora ya no como se había dicho, para impedir un golpe de mano del filibustero conde Rausset de Boulbon, sino ya muy claramente para sofocar en el Sur un movimiento revolucionario.

Ya en este mes unos y otros estaban jugando á cartas vistas, como se podrá observar por el siguiente coloquio que tuvieron el coronel don Florencio Villarreal y el general don Tomás Moreno, debajo de la sombra de un árbol, en las afueras de la histórica ciudad de Chilpancingo.

—Ha sido buena la precaución de mandarme llamar,

dijo Moreno, porque estoy rodeado de espías que de seguro no se habrán atrevido á seguirme.

—Yo colgué dos hace tres días que me confesaron su delito.

—Un motivo de acusación más contra usted, coronel, si llega á caer en las manos de los agentes del gobierno.

—Pero no caeré sino muerto, si es que caigo, eso se lo garantizo.

—Ahora vamos tratando de nuestros asuntos, porque no tenemos mucho tiempo que perder, tanto más cuanto que estamos á 20, y esa es la fecha en que tenía que llegar á Chilpancingo el coronel don Francisco Davis que viene mandando el 2º regimiento de Puebla y debo estar preparado para evitar una sorpresa.

—Mis exploradores me han dicho que las tropas invasoras vienen por todos lados haciendo jornadas muy cortas.

—¿Habló usted con el general?

—De allá vengo precisamente, y me hizo para usted varios encargos.

—Dígalos usted, amigo don Florencio.

—Primeramente, usted ya debe saberlo, pero tengo que decírselo. He solicitado con empeño, y se me ha concedido, una vez que soy el que tengo más agravios que vengar, ser el primero que tire el guante al Dictador.

—Poco más ó menos ya todos se lo hemos tirado, desde el momento en que hemos conspirado juntos y él no lo ignora.

—Bueno, pero yo voy á ser el primero en proclamar el plan de la revolución.

—¿Y qué dice el plan?

—Aquí lo traigo, y voy á leerlo para que me diga su opinión, advirtiéndole que según parece ha sido escrito, ó cuando menos inspirado, por el coronel don Ignacio Comonfort. Dice así:

CONSIDERANDO:

Que la permanencia de Don Antonio López de Santa-Anna en el poder es un amago constante para las libertades públicas, puesto que con el mayor escándalo, bajo su gobierno se han hollado las garantías individuales que se respetan aun en los países menos civilizados:

Que los mexicanos, tan celosos de su libertad, se hallan en el peligro inminente de ser subyugados por la fuerza de un poder absoluto ejercido por el hombre á quien tan generosa como deplorablemente confiaron los destinos de la patria:

Que bien distante de corresponder á tan honroso llamamiento, sólo ha venido á oprimir y vejar á los pueblos, recargándolos de contribuciones onerosas, sin consideración á la pobreza general, empléandose su producto en gastos supérfluos, y formar la fortuna, como en otra época, de unos cuantos favoritos:

Que el plan proclamado en Jalisco, y que le abrió las puertas de la República, ha sido falseado en su espíritu y objeto, contrariando el torrente de la opinión, sofocada por la arbitraria restricción de la imprenta:

Que ha faltado al solemne compromiso que contrajo con la nación al pisar el suelo patrio, habiendo ofrecido que olvidaría resentimientos personales, y jamás se entregaría en los brazos de ningún partido:

Que debiendo conservar la integridad del territorio

de la República, ha vendido una parte considerable de ella, sacrificando á nuestros hermanos de la frontera del Norte, que en adelante serán éxtranjeros en su propia patria, para ser lanzados después como sucedió á los californios:

Que la nación no puede continuar por más tiempo sin constituirse de un modo estable y duradero, ni dependiendo su existencia política de la voluntad caprichosa de un solo hombre:

Que las instituciones republicanas son las únicas que convienen al país, con exclusión absoluta de cualquier otro sistema de gobierno:

Y por último, atendiendo á que la independencia nacional se halla amagada, bajo otro aspecto no menos peligroso, por los conatos notorios del partido dominante levantado por el general Santa-Anna; usando de los mismos derechos de que usaron nuestros padres en 1821 para conquistar la libertad, los que suscriben proclaman y protestan sostener hasta morir si fuere necesario, el siguiente plan.

1°. Cesan en el ejercicio del poder público Don Antonio López de Santa-Anna y los demás funcionarios, que como él, hayan desmerecido la confianza de los pueblos, ó se opusieren al presente plan.

2°. Cuando éste haya sido adoptado por la mayoría de la nación, el general en jefe de las fuerzas que lo sostengan, convocará un representante por cada Estado y Territorio, para que reunidos en el lugar que estime conveniente, elijan al presidente interino de la República, y le sirvan de consejo durante el corto periodo de su encargo.

3°. El Presidente interino quedará desde luego investido de amplias facultades para atender á la seguridad é

independencia del territorio nacional, y á los demás ramos de la administración pública.

4°. En los Estados en que fuese secundado este plan político, el jefe principal de las fuerzas adheridas, asociado de siete personas bien conceptuadas que elegirá él mismo, acordará y promulgará, al mes de haberlas reunido, el Estatuto provisional que debe regir en su respectivo Estado ó Territorio, sirviéndole de base indispensable para cada Estatuto, que la nación es y será siempre una, sola, indivisible é inependiente.

5°. A los quince días de haber entrado en sus funciones el Presidente interino, convocará el congreso extraordinario, conforme á las bases de la ley que fué expedida con igual objeto en el año de 1841, el cual se ocupe exclusivamente de constituir á la nación bajo la forma de República representativa popular, y de revisar los actos del ejecutivo provisional de que se habla en el art. 2°.

6°. Debiendo ser el ejército el apoyo del orden y de las garantías sociales, el gobierno interino cuidará de conservarlo y atenderlo, cual demanda su noble instituto, así como de proteger la libertad del comercio interior y exterior, expidiendo á la mayor brevedad posible los aranceles que deben observarse, rijiendo entre tanto para las aduanas marítimas el publicado bajo la administración del Sr. Ceballos.

7°. Cesan desde luego los efectos de las leyes vigentes sobre sorteos y pasaportes, y la gabela impuesta á los pueblos con el nombre de capitación.

8°. Todo el que se oponga al presente plan, ó que prestare auxilios directos á los poderes que en él se desconocen, será tratado como enemigo de la independencia nacional.

9°. Se invita á los Exmos. Sres. generales Don Nicolás Bravo, Don Juan Alvarez y Don Tomás Moreno, para que puestos al frente de las fuerzas libertadoras que proclaman este plan, sostengan y lleven á efecto las reformas administrativas que en él se consigan, pudiendo hacerle las modificaciones que crean convenientes para el bien de la nación.

—Hombre, hombre, se me convida allí á un festin en que quién sabe si me toque en vez de comer ser el comido.

—Es cierto, general, ninguno vamos á estar en un lecho de rosas; pero es preferible morir matando á que nos metan en una de las tinajas de San Juan de Ulúa, de donde no salgamos jamás.

—Ahora le diré á usted con franqueza, que el plan no me disgusta, porque se separa un poco de los ordinarios que tanto conocemos.

—Lo principal es que ya tendremos con él una bandera, y que no seguiremos el gobierno y nosotros jugando á la gallina ciega.

—Alvarez está en su puesto de siempre defendiendo un plan liberal; pero nosotros, usted, Comonfort y yo que hemos sido conservadores y que lo estamos siendo aún mientras no nos desprendamos por completo de un gobierno conservador

—¡Psé! Él tiene la culpa precipitándonos con sus exigencias: yo le hubiera sido fiel hasta lo último, si no hubiera sido el primero en desconfiarme y en aburrirme.

—Es lo que á mi me preocupa, coronel, el puesto de confianza que tengo. . . . Alvarez hizo bien en soltarlo para no tener las manos atadas.

—Usted puede hacer lo mismo, mi general.

—Eso haré probablemente, antes de que se proclame el plan. ¿Cuándo y en qué punto se proclamará?

—Se ha determinado que sea en el pueblo de Ayutla, y el día dependerá de cuando me manden ejemplares impresos. Yo quería que fuera desde luego, pero Alvarez y Comonfort dicen que todavía no están suficientemente preparados.

—¿Y cuándo lo estarán para combatir contra cuarenta mil hombres que tiene Santa-Anna?

—De manera que vamos á meternos en una empresa loca.

—Por de pronto sí, una vez que entre los cuatro no reunimos ochocientos reclutas y nos mandan cuatro mil soldados de línea para ponernos en juicio; pero como el gobierno está odiado en todas partes, es fácil que haya quien imite nuestro ejemplo.

—No tan fácil, porque el terror domina los ánimos. De tal modo se han impuesto el tirano y sus esbirros, que tienen hundidas ya en el miedo todas las energías de los mexicanos.

—A todo esto, no me ha dicho usted cuáles son las órdenes que me manda el general Alvarez.

—Estas simplemente: que luego que se aviste el enemigo evacue usted la ciudad, sin dar lugar á que se dispare un solo tiro. No quiere que haya agresión ninguna mientras no esté publicado el plan, aunque está resuelto á impedir que las fuerzas del gobierno lleguen á Acapulco, á cuyo efecto ha mandado situar un destacamento en el cerro del Peregrino: dice también que al salir usted de la ciudad mande con todo sigilo cuando menos la mitad de las tropas que tenga, á reforzar aquella posición de la cual él mismo desea ir á tomar el mando.

—Tendré por todos unos dosientos hombres.

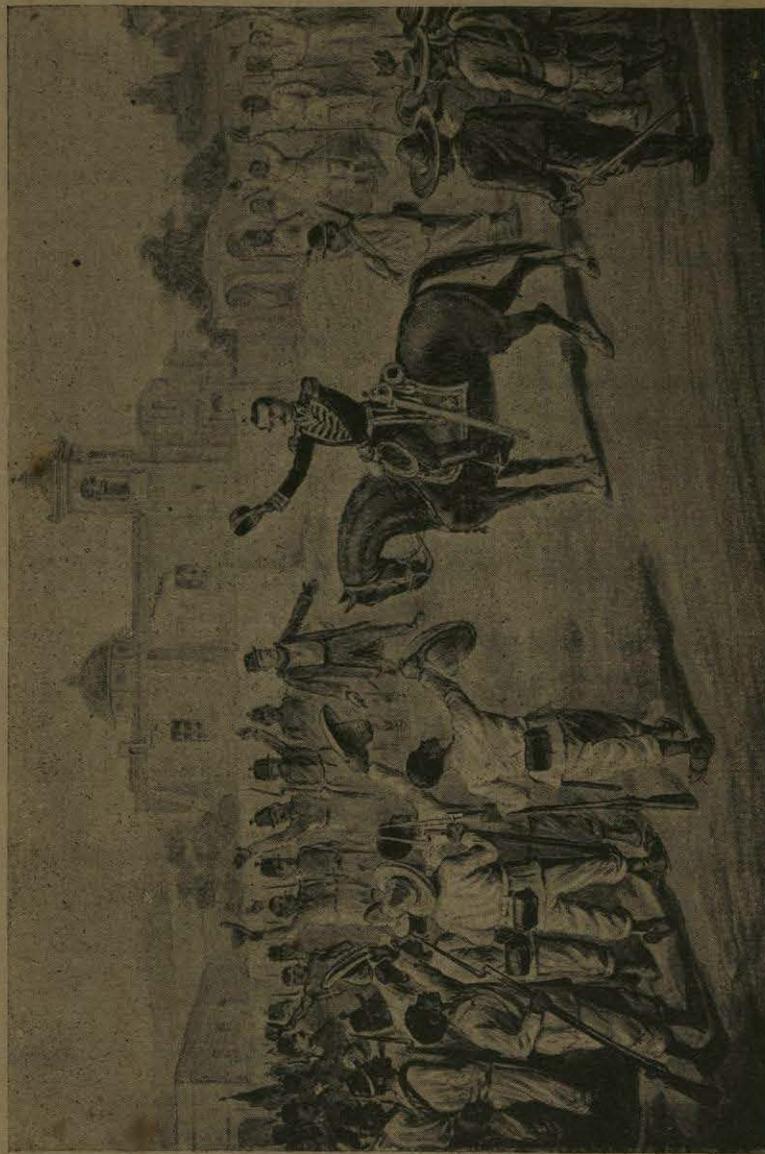
—Quiere decir que mande cien al Peregrino.

—Así se hará.

Arreglados otros pormenores, se separaron ambos caudillos, dirigiéndose Villarreal á esperar las últimas instrucciones en las cercanías de Ayutla, donde había concentrado las pocas fuerzas de que podía disponer, y regresando Moreno para Chilpancingo, que distaba unas dos leguas, á cuyo efecto reunió á la gente que había dejado en el camino cuidándole las espaldas.

Como se ve, los que iban á ser los caudillos de la revolución, llevaban las cosas muy despacio creyendo tener aún otros dos ó tres meses á su disposición en que seguirían engañando al gobierno y haciéndose los engañados; pero los acontecimientos se precipitaron, porque empezaron á llegar noticias repetidas de que las fuerzas del gobierno habían activado sus marchas y que ya habían entrado en el Departamento de Guerrero tanto por Puebla y Oaxaca como por Michoacán, formando un total de ocho batallones de á seiscientas plazas, con más tres escuadrones de caballería y algunas piezas de montaña. De la misma manera supieron los surianos que los buques armados en guerra la *Carolina* y el *Guerrero*, habían recibido la orden de formalizar el bloqueo del puerto de Acapulco.

Ante la precipitación con que el Departamento había sido invadido, sin que Alvarez y los suyos hubieran terminado sus preparativos, no quedaban más que tres caminos que elegir: ó huir á las montañas sin más expectativa que la de poder vivir ocultos un periodo más ó menos largo; ó entregarse al enemigo con la seguridad de que ejercería con ellos toda clase de crueldades, mientras que llegaba, como había de llegar, el momento de privarlos



*El Coronel Villarreal gritó desde lo alto del caballo que montaba:
—Muchachos: ¡viva la libertad!*

de la vida; ó salirles de frente á los invasores con los pocos elementos con que contaban, y esto fué en lo que se afirmaron puesto que era también lo que estaba de antemano convenido.

En esa virtud, el 24 salió Moreno de Chilpancingo, dejando la plaza á las fuerzas del gobierno que la ocuparon el mismo día, y al siguiente mandó su renuncia de 2° cabo de la comandancia de Guerrero para salvar el escrúpulo de pronunciarse siendo servidor de la dictadura.

El mismo día Alvarez reunió las tropas de que disponía en la hacienda de la Providencia, y les dirigió la notable proclama que se verá en el capítulo siguiente: Comofort, que había andado conferenciando con sus amigos, regresó á Acapulco para organizar la defensa del puerto, y Villarreal reunió á los suyos en la placita de Ayutla; hizo allí leer el plan que llevaba escrito, mandó traer una mesita y sillas y allí fué firmado por el comandante Estéban Zambrano, por cinco capitanes y otros tantos tenientes, subtenientes y sargentos. —

Acto continuo se mandaron repicar las campanas, se formó la fuerza que constaba de unos ciento cincuenta hombres, dió una vuelta por las calles, y luego Villarreal gritó desde lo alto del caballo que montaba:

—Muchachos, ¡viva la libertad! ¡abajo la tiranía!

Todos contestaron con grandes exclamaciones y después de otros gritos:

—¡Viva el pueblo de Ayutla, que desde hoy será el más histórico de todo Guerrero!

—¡Viva Ayutla! contestaron los soldados y las gentes del pueblo que se habían reunido en la plaza.



CAPITULO VII.

El incendio del Sur.

AQUEL pequeño alboroto verificado en el pueblecillo de Ayutla ante un centenar de personas, y que más bien que un pronunciamiento en forma había tenido el aire de un juego de muchachos, tuvo grandísima trascendencia. La noticia cundió como por hilos telegráficos, no obstante que entonces aun no se conocían, propagándose en el Sur como un incendio y en los departamentos contiguos, y en la capital misma, con una rapidez maravillosa. Casi se puede decir que por intuición se había comunicado de boca en boca, llegando al palacio del gobierno por los rumores antes que por las comunicaciones oficiales y oficiosas. Todos hablaban en los primeros días de Marzo del pronunciamiento de Guerrero, sin poder precisar ni el punto ni las personas que lo habían iniciado. Unos lo achacaban á don Nicolás Bravo, que permanecía separa-

do de los asuntos públicos en Chilpancingo, otros decían sencillamente que los Alvarez; pero nadie se acordaba ni de Villarreal, ni de Comonfort, ni de Moreno.

Los jefes de las columnas santanistas que habían venido avanzando, se detuvieron atónitos, puesto que no se les había dado instrucciones para emprender operaciones de guerra. A ellos se les había dicho: van á aprehender á los Alvarez, á Moreno, á Comonfort, á todos los sospechosos: los matan sin compasión si se resisten, les quitan el poder y las armas, los despojan de cuanto tengan, entran como señores absolutos en Guerrero representando la autoridad dictatorial; pero no se les había dicho cómo obrarían en caso de una rebelión declarada: el gobierno no podía figurarse que pudieran atreverse á desafiarlo con los poquísimos elementos de que podían disponer, y mucho menos cuando tenía la creencia de que algunas guarniciones como las de Acapulco y la Costa Chica, le permanecerían fieles, así fué que los que iban á sorprender eran los sorprendidos. No podían figurarse, no podían creer, lo consideraban como un sueño, como un delirio, que aquel grupo de hombres, pequeñísimo, se atreviera contra el gigante que iba ya en camino de proclamarse Emperador.

—¡Pobres! exclamaban los más compasivos, ¡cuán pronto van á ser completamente aplastados!

Luego que don Ignacio Comonfort tuvo noticia del pronunciamiento de Ayutla en la hacienda de la Providencia, donde se encontraba conferenciando con Alvarez, se dirigió precipitadamente para Acapulco con el fin de ultimar los trabajos que ya tenía emprendidos en la guarnición que residía en el puerto. El coronel don Rafael Solís, que era el jefe de aquella, convocó á los oficiales que

estaban bajo su mando en el castillo de San Diego, proponiéndoles secundar el plan de Ayutla, pero reformándolo según las indicaciones que le había hecho el coronel, para poder firmarlo. Estas reformas consistían en quitar la vaguedad que contenía el plan primitivo que se había hecho con cierta premura, diciéndose terminantemente que los gobiernos revolucionario é interino que llegaran á establecerse, darían cuenta de sus actos al Congreso que se reuniera con el caracter de constituyente, dejando al país en absoluta libertad para darse sus instituciones.

Poco comprendían de esto los subalternos allí reunidos, pero dijeron que sí á todo, y el plan se reformó en Acapulco, firmándose por Comonfort, Solís, el teniente coronel Miguel García y otros quince ó veinte oficiales, siendo desde ese momento la bandera reconocida y aceptada por la revolución.

Comonfort, desde luego, expidió la siguiente proclama:

•Ignacio Comonfort, Coronel retirado, gobernador de la plaza y comandante principal de la demarcación:

¡Compañeros de armas! En momentos bien solemnes me llamis, y estoy ya á vuestro lado. Próxima la patria á sucumbir por los desaciertos de una administración caprichosa y arbitraria, habeis levantado el estandarte de la libertad, resueltos á defender los derechos del pueblo soberano. Para tan patriótica empresa habeis juzgado de algún valer mis débiles servicios, y me teneis dispuesto á derramar mi sangre con vosotros.

Bajo el pretexto de una invasión pirática, el gobierno ha pretendido inundar de tropas el Sur, porque de este modo, apoyado en la fuerza, podría ejercer en él su despotismo; pero sus esperanzas quedarán burladas; esas tro-

pas no llenarán la misión del tirano; y si algun enemigo exterior, efectivamente, invade nuestro territorio, pelearemos hasta rechazarlo, ó pasará sobre nuestros cadáveres.

Surianos: Los Exmos. Sres. generales Don Nicolás Bravo, Don Juan Alvarez y Don Tomás Moreno, han sido invitados por nosotros para ponerse al frente de las fuerzas libertadoras. Ellos, no lo dudeis, corresponderán muy dignamente al voto de confianza que les hemos otorgado: abrazarán nuestra causa porque es santa y justa; y nosotros, guiados por tan ilustres caudillos, iremos llenos de fé á buscar la victoria con que la Providencia premia á los pueblos que luchan por su libertad.

¡Soldados de la patria! Nobles son vuestros esfuerzos; pero para que causa tan sagrada no se desvirtúe, fuerza es que seais subordinados. Ayudadme á conservar el orden, á proteger la seguridad de los ciudadanos, y á probar al mundo, que pertenecemos al número de los pueblos civilizados. De este modo, podreis con la conciencia tranquila afrontar los peligros, en medio de los cuales hallareis siempre á vuestro compañero y amigo—*Ignacio Comonfort*.

Acapulco, Marzo 11 de 1854.

Alvarez aceptó la invitación que se le hizo para que se pusiera al frente de las tropas pronunciadas, con la siguiente comunicación:

Ejército restaurador de la libertad.—General en jefe.
—Con la nota de usted de 11 del presente, han llegado á mis manos los ejemplares impresos del plan político que ha secundado la guarnición de esa plaza, en vista del que

en Ayutla proclamó el patriota y valeroso coronel Don Florencio Villarreal; y quedo al mismo tiempo impuesto de que á consecuencia de tan fausto suceso, usted se ha hecho cargo del mando de las armas de toda esa demarcación.

En cuanto á la excitativa que se sirve hacerme de parte de sus subordinados, para que me ponga al frente de las fuerzas que sostendrán el mencionado plan, tengo el honor de decir á usted que la acepto, y que desde luego expediré mis órdenes á las tropas que me obedecen, que se titularán en lo sucesivo: «Ejército Restaurador de la Libertad,» para que abierta la campaña sobre las fuerzas del general Santa-Anna, que han invadido parte del territorio de este departamento, se ejecuten las operaciones militares que es necesario emprender para difundir y llevar á buen éxito el actual movimiento político, que no dudo encontrará las mejores simpatías en el país, porque él está de acuerdo con las ideas de los mexicanos acostumbrados á estimar y defender una libertad sagrada, adquirida á inmensos costos.

— Me decido á dar á mis compatriotas una última prueba de mi amor á su bien social; porque sería traicionar á mis propias convicciones, conformarme pasivamente con la odiosa y despótica dominación del hombre que, burlando el voto nacional, se ha constituido en caudillo de un partido sanguinario, y tiraniza á su voluntad al pueblo mismo que generosamente lo llamara para afianzar sus libertades y derechos.

Mi edad bastante avanzada y mis notorias enfermedades, me exigen retirarme al descanso de la vida privada; mas al llamado de mis conciudadanos, he alejado de mí el bienestar particular, y vengo á sacrificarlo todo á la

causa sagrada que desde tiempos muy atrás sirvo con lealtad, porque ella es la de la patria, ella la que nos mandaron defender los nobles mexicanos que nos antecedieron en la memorable guerra de la independencia.

Por todo lo dicho, me adhiero solemnemente al movimiento iniciado en Ayutla, y secundado en esa plaza, protestando acatar las reformas que la nación estime conveniente hacerle, y no dejar las armas de la mano, hasta que consumado aquel, ya no sea necesaria mi persona, y se hallen al frente del poder público los dignos mandatarios que sean llamados á ejercerlo por la libre y espontánea voluntad de los mexicanos.

Tengo el honor de exponerlo á usted correspondiéndole las protestas de aprecio con que se sirve favorecerme.

Dios y libertad. Venta Vieja, Marzo 13 de 1854.
—*Juan Alvarez*.—Sr. Don Ignacio Comonfort, gobernador y comandante principal de Acapulco.

Y trasladándose desde luego al histórico cerro del Peregrino que había de ser la base de las operaciones, llevando como su secretario á Benito Juárez, dirigió á las tropas en 14 de Marzo la siguiente proclama:

Juan Alvarez, General de División, en jefe del ejército restaurador de la libertad.

Compañeros de armas: Un suceso importante, y que podré llamar feliz, me obliga á dirigiros la palabra. La guarnición y vecindario del puerto de Acapulco acaban de secundar el plan político que en Ayutla iniciara el valiente coronel Don Florencio Villarreal: he sido invitado pa-

ra ponerme al frente de vosotros, y estoy pronto, porque los santos y justificados principios que en él se invocan, están identificados con mis propias convicciones, y lo sostendré gustoso hasta perecer en la demanda, ó ver logrado su triunfo completo, no obstante el penoso estado de mi quebrantada salud: porque un soldado viejo de la Independencia, no puede ser indiferente al peligro de la patria, ni dejar de empuñar las armas para proteger los derechos individuales de los mexicanos, hollados cruelmente por el abuso escandaloso de un poder arbitrario.

El general Santa-Anna, faltando de una manera indigna á la confianza de los pueblos, y á los compromisos solemnes que contrajo al pisar el suelo patrio, se entregó en brazos del partido parricida; del partido que compró infamemente la cabeza del ilustre general Guerrero, y cuyas tendencias al despotismo son instintivas. Persuadido como lo está, de que el Sur ha sido constantemente y será siempre el baluarte de la libertad, así como de su impotencia para subyugarlo, pone en juego todos sus recursos sacrificando el tesoro público, y adopta para conseguir sus miras, la traición y la perfidia.

Soldados: Se supone que una invasión extranjera amagaba nuestras costas, y no se os creyó capaces de combatirla y repelerla. ¡Camaradas, ó se ha desconfiado de vuestro valor y patriotismo, ó se os ha querido sorprender villanamente! En una palabra, sabedlo todo: esa invasión es una mentira, es una superchería inicua, es un pretexto embustero para llenar de tropas nuestros pueblos, desarmanlos sucesivamente, y después dominarnos por la fuerza y el terror. ¿Cómo no repeler semejante agresión? ¿cómo dejarnos pacientemente oprimir? No, valientes surianos; que sepa el mundo que los indómitos hijos de las mon-

tañas no han degenerado: que como han sabido siempre sostener su libertad y sus derechos, sabrán también pelear y morir por rechazar cualquiera agresión extranjera en defensa del territorio nacional.

¡Soldados, á la campaña! En esta lucha están empeñados el bien de la patria y vuestra misma reputación: llevemos la guerra hasta la silla del déspota; y que la refulgente estrella de la libertad que comenzaba á eclipsarse para nuestro infortunado suelo, recobre su brillo y vuelva á derramar sobre nosotros sus puros resplandores. Jurad no dejar las armas de la mano hasta que en la nación se consoliden los bienes inestimables que se le quieren arrebatar, y decid con vuestro antiguo jefe: ¡viva la república! ¡viva la libertad! ¡viva el Sur!—*Juan Alvarez*.—Peregrino, Marzo 14 de 1854.

Se había dado ya el grito de libertad en las montañas del Sur, y este grito fué repercutiendo en todos los ámbitos de la República, comunicando ánimo y esperanza á los mexicanos oprimidos. Los que tuvieron valor y oportunidad lo secundaron desde luego, no sin sufrir la muerte, como sucedió á Gordiano Guzmán en Michoacán; otros hacían sus preparativos con toda reserva, y los demás, los que estaban sufriendo con resignación la tiranía que imperaba en las poblaciones, esos acompañaban con sus buenos deseos y con sus simpatías á los pronunciados, contentándose con inventar noticias que los favorecieran, si bien el poder autócrata dictó luego disposiciones terribles contra los alarmistas, contra los indefensos que no tenían más fusiles que la lengua y la buena voluntad hacia los restauradores de las garantías individuales.

Cuando Santa-Anna se enteró bien de lo que estaba pasando en el Sur, dijo á sus ministros:

—Es mejor que se hayan pronunciado, porque así voy á acabar de un solo golpe con esa horda de bandidos.

En seguida apresuró el movimiento de las tropas que faltaban para lanzar sobre los cuatrocientos hombres pronunciados un ejército de siete mil veteranos con cuarenta bocas de fuego.

Cuando ya todo estaba listo, dijo á sus ministros:

—Yo mismo marchó á la campaña.

—¿Pero qué necesidad tiene de molestarse así S. A. Serenísima? preguntó el Ministro de Relaciones.

—Ustedes no se apuren por mí: allí les dejo mi pliego de mortaja.

El pliego de mortaja contenía el nombre del que él quería que fuera su sucesor en caso de muerte.

Cuando mucho le rogaron, él les dió esta razón toral:

—Yo quiero por mí mismo, por mi mano, castigar á aquellos insolentes.

Y en pocos días se puso aquella águila dictatorial en el Sur, para devorar allí á la media docena de palomas que habian osado volar más alto de lo que debieran y turbar los sueños de gloria del tirano.

CAPITULO VIII.

Hundimiento del Dictador.

He aquí el diario de un oficial que tomó parte en la expedición del Sur, cuyo manuscrito nos encontramos entre unos papeles viejos:

«15 de Marzo de 1854.—Todo el día ha sido de fatigas y de preparativos para la salida del Ejército. Se dice que los ministros hasta se han arrodillado á los piés del general Presidente rogándole que no vaya á exponer su preciosa vida en aquellos climas mortíferos; pero que les ha contestado que no quiere valerse de ningún otro para llevar á cabo la empresa, y que yendo él está seguro de acabar pronto con los pronunciados, porque su solo nombre bastará para que se caigan todos muertos de terror.

Marzo 16.—A las cinco de la mañana salieron cinco mil hombres, dejando la ciudad de México casi desguarnecida. La carga va en más de seiscientas mulas, y de ellas